

SEGURIDAD
EN
CRISTO

por Stan Hanna

Seguridad en Cristo

Copyright © 2005 por Stan Hanna

Impreso por

DIME

Distribuidora Internacional
de Materiales Evangélicos

P.O. Box 490

Cupertino, California 95015

Estados Unidos

e-mail: libros@dime.org

web page: dime.com

Índice

| | |
|--|----|
| INTRODUCCION | 5 |
| CAPITULO 1 | |
| Usando bien la palabra de verdad | 7 |
| CAPITULO 2 | |
| Razones para no pecar | 13 |
| CAPITULO 3 | |
| La gloria de Dios | 19 |
| CAPITULO 4 | |
| La justicia y la justificación | 25 |
| CAPITULO 5 | |
| Gracia | 33 |
| CAPITULO 6 | |
| El sello del Espíritu Santo | 39 |
| CAPITULO 7 | |
| Hijos de Dios | 45 |
| CAPITULO 8 | |
| Escrituras y argumentos usados contra la seguridad del creyente | 51 |
| CAPITULO 9 | |
| La epístola a los Hebreos: seguridad y advertencias | 57 |
| CAPITULO 10 | |
| Dos “discípulos” que no eran salvos | 63 |

Introducción

¿Puede una persona ser salva y perder su salvación? Después de saber si eres salvo o no, ésta es la pregunta más importante. De ella depende la paz de tu alma y la motivación para vivir una vida fructífera que complazca a Dios.

Esta pregunta no puede ser contestada mediante el razonamiento humano. La Palabra de Dios tiene que darnos la respuesta. Si nosotros estamos dispuestos a aceptar lo que la Biblia dice, simple y sencillamente porque es la Palabra de Dios, entonces Dios, en su gracia, nos dará su divina respuesta. La Biblia dice: *“Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios”* (1 Juan 5:13). Dios quiere que creamos en su Palabra porque es su Palabra. Esto es fe. Entonces, debemos examinar lo que dicen las Sagradas Escrituras.

Queremos ver en primer lugar los pasajes bíblicos que indican que la persona que se entrega al Señor Jesucristo para ser salva está segura en él. Después examinaremos algunos otros puntos de vista a la luz del Nuevo Testamento.

Usando bien la palabra de verdad

Dios quiere que seamos leales a la fe. Debemos distinguir entre ser leales al credo de una denominación y ser leales a *“la fe una vez dada a los santos”* (Judas 3) la cual ha sido preservada para nosotros en la Biblia. Para hablar de lealtad a las Escrituras, tendremos que examinarlas sin prejuicios, comparando escritura con escritura.

La Biblia ha sido escrita con un cuidado divino. Si dos pasajes parecen estar en desacuerdo uno con el otro, es a causa de nuestra pobre comprensión del uno o del otro. Dios no se contradice a sí mismo. Investiguemos los pasajes que advierten al cristiano del juicio y los que le aseguran de una salvación de la condenación.

Todas las Escrituras deben ser interpretadas a la luz de su contexto. Frases como *“Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo”* (Mateo 24:13) pueden ser mal entendidas si ignoramos lo que precede al texto y lo que sigue.

Otra causa de confusión es no saber distinguir entre los dos pactos. Bajo el **Pacto Mosaico**, Dios hablaba a Israel, su nación especial. Bajo el **Nuevo Pacto** él habla a los creyentes en Jesucristo en todo el mundo. Así, como veremos más adelante, hay pasajes como Ezequiel 33:13 que son muy diferentes de otros, como Tito 3:5. Por tanto necesitamos *“usar la palabra de verdad”* correctamente (2 Timoteo 2:15).

Hay que reconocer primeramente algunas diferencias entre palabras que parecen ser iguales. Algunas son: *“Vida”* y *“vida eterna”*, *“dádiva”* y *“recompensa”*, *“juicio”* y *“condenación”*, y *“el infierno”* o *“el lago de fuego”*, *“la muerte”* y *“la muerte segunda”*.

Primero, podemos considerar algunas de las palabras sencillas que Dios usa en su Palabra:

La dádiva de Dios

“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:23).

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no es por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9).

“Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Juan 10:28).

Aquí encontramos una palabra sencilla que usamos diariamente. No debemos confundirla con *“premio”*, *“recompensa”*, *“salario”*, *“pago”* o algo comprado. Si alguien está contratado para hacer un trabajo, él puede esperar su pago. El no ser recompensado sería una injusticia y al recibir su salario, esto no sería un regalo inmerecido. Si el dinero se ha entregado al empleado antes de principiar su trabajo, él debe cumplir su trabajo o devolver el dinero. Este dinero no es un **don** o **dádiva**.

Cuando Dios da una dádiva, él no exige trabajos ni pone condiciones de comportamiento antes o después de darla. De otro modo no sería una dádiva; sería una recompensa, sea por una pequeña obra piadosa o por abstenerse de algún pecado.

Algunos dicen: Pero, ¿no dice la Biblia *“...mas el que persevera hasta el fin, éste será salvo”*? Debemos ver este versículo en su contexto. En Mateo 10:22 el Señor estaba describiendo las persecuciones que iban a venir contra sus discípulos vistas en Hechos 8:1,4. La persecución iba a revelar quienes eran los salvos por la fe y los que no tenían raíz de verdadera fe.

En Mateo 24:3 el Señor estaba contestando la pregunta de sus discípulos: *“¿Cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?”*. El entonces describe para ellos los acontecimientos de la Gran Tribulación que son señales

que preceden a su venida en gloria a la tierra. Será el tiempo cuando la abominación desoladora de la que habló el profeta Daniel estará en el lugar santo en el templo que habrá sido edificado en Jerusalén por los judíos (24:15). Será el tiempo cuando la Bestia estará en control poniendo su marca en la frente de todos (Apocalipsis 13). Los que tienen fe genuina serán aquellos que perseveren hasta el fin sin someterse a la Bestia y por su fe serán salvos. Este texto ha sido mal usado, sacado de su contexto y no se refiere a los que son parte de su querida iglesia. Cristo vendrá para arrebatarse a los suyos para estar con él (1 Tesalonicenses 4:14-18) antes que principie la Gran Tribulación.

Pero el razonamiento humano dice: "Cuando alguien recibe el don de la vida eterna, ¿puede seguir pecando y esperar ir al cielo?". Ciertamente Dios, que es santo, tiene que juzgar el pecado en el incrédulo, y también en aquel que reciba el don de la vida. Aclararemos por medio de las Escrituras este punto más adelante, pero debemos saber que la vida eterna es una *dádiva*, y Dios no está usando mal la palabra. "*Los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables*" (Romanos 11:29).

Veremos cómo Dios trata con el pecado; pero primero presentémonos delante de él como pecadores, indignos de cualquier favor para recibir de él gratuitamente su *dádiva*. ¿Estamos haciendo por esto demasiado barata la *vida eterna*? No es barata. El Hijo de Dios tuvo que pagar un precio tremendo en la cruz para darnos esta vida. Si usted pudiera comprarla con la justicia suya, sería barata. Pero si recibimos la *vida eterna* como un regalo que costó al Creador ir a la cruz en un cuerpo humano para comprarla, este amor de Dios nos inspira a vivir vidas hermosas por pura gratitud.

Ahora consideremos cómo Dios juzgó el pecado una vez y para siempre por medio de:

Un solo sacrificio

"Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios..."
(Hebreos 10:12).

Esta declaración preciosa viene después de una descripción de la futilidad completa de los esfuerzos humanos para compensar por los pecados (Hebreos 10:1-11). Los sacerdotes del Antiguo Testamento (que es el **pacto antiguo**) tenían que ponerse continuamente delante del altar para presentar un sacrificio tras otro. Sus labores nunca cesaban. Siempre había más pecado para ser expiado por la sangre de animales. Qué consolación es saber que hay un gran sumo sacerdote, el Señor Jesucristo, quien ha ofrecido su propia sangre.

Es una obra tan perfecta que no hay necesidad de repetirla cada vez que peca alguien que ha recibido a Jesucristo como su único y suficiente Salvador. Por lo tanto el versículo dice que *“se sentó para siempre a la diestra de Dios”*, porque los pecados fueron expiados. Como él dijo en la cruz: *“Consumado es”*. Todos los pecados de quien se entrega a Jesús para ser salvo, sean pasados o futuros, han sido clavados a la cruz de Cristo.

*Pecado llevó, y las gracias le doy,
Completo el trabajo está;
Llevólo en la cruz y ya libre estoy,
¡Oh mi alma, bendice al Señor!*

Recordemos cómo *“reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día”* (Hebreos 4:4). No reposó porque estaba cansado, sino porque *“vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera”* (Génesis 1:31) y no había nada más que hacer. Así fue también con su obra de redención. Jesucristo, *“habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas...”* (Hebreos 1:3b).

Nosotros también podemos descansar en la verdad de que la magna obra ha sido **cumplida** y cumplida para siempre **por nosotros**. *“Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas”* (Hebreos 4:9,10). ¿Cómo podemos seguir haciendo obras para nuestra salvación cuando el Salvador nos invita: *“Venid a mí todos los que estáis*

trabajados y cargados, y yo os haré descansar”? (Mateo 11:28).

Confiado en ti, oh Cristo, te contemplo en tu pasión;

Pues tu amor me satisface en mi corazón.

En la cruz tu amor mostrado ancho, vasto más que el mar;

Mi entero ser inunda grande amor sin par.

No solamente está para siempre sentado porque su sacrificio es suficiente y fue hecho una vez y para siempre, sino también las Escrituras dicen: *“Mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”* (Hebreos 7:24,25), y *“Porque con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los santificados”* (Hebreos 10:14). Aunque nos de gozo el mirar hacia atrás para ver que los pecados pasados han sido ya perdonados, estos versículos nos confirman que el resto de la vida de cada creyente está asegurada para siempre.

Razones para no pecar

La pregunta de algunos es: “Si el creyente en Cristo está asegurado de todo peligro del castigo eterno, ¿qué le detiene de vivir una vida pecaminosa”? Dios podría cambiar al creyente en un mecanismo que no pueda pecar, pero en su amor y sabiduría él ha dejado a cada uno con la capacidad de pecar y con el libre albedrío de escoger entre el pecado y la obediencia a él. Así el creyente puede expresar su amor a su Salvador por medio de la obediencia y desarrollar un odio santo al pecado. Consideremos algunas maneras por las cuales Cristo produce el odio al pecado y pone santos deseos en sus hijos.

1. El cristiano desobediente pierde su gozo.

Encuentra que no puede disfrutar de la comunión íntima y preciosa con el Padre y el Hijo (Juan 14:23). El Espíritu Santo que mora en él está entristecido.

2. **El cristiano desobediente pierde el privilegio de recibir la manifestación del amor del Padre.** El Señor Jesús dijo: *“El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él”* (Juan 14:21).

3. **El cristiano encuentra que por desagradar a Dios pierde la confianza para acercarse a él con los problemas y peticiones en sus oraciones.** Permanecer en la comunión con Cristo y permitir que su Palabra permanezca en corazones obedientes, nos da la libertad de pedirle favores. Cristo dijo: *“Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho”* (Juan 15:7).

4. **Un cristiano infiel pierde el privilegio precioso de aprender los secretos espirituales** y así entrar a las verdades

más profundas, pensando juntamente con Dios. David dijo: *"El secreto del Señor es para los que le temen..."* (Salmos 25:14 , SSE).

5. El cristiano que se contamina con los pecados, pierde su utilidad de ser un canal de bendición. *"Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra"* (2 Timoteo 2:21). Dios no lo bota en el basural sino que lo retira de su servicio para recibir la disciplina correctiva hasta que él se aleje y se limpie del pecado que le causó perder su testimonio y su utilidad.

6. Hay premios que ganar en la vida cristiana. Pablo exhorta *"Corred de tal manera que lo obtengáis"* (1 Corintios 9:24). El día del Tribunal de Cristo está descrito en 1 Corintios 3:11-15, donde cada uno que ha puesto su fe en Cristo como el fundamento de su salvación, será premiado por la calidad de su vida y servicio. *"La obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego"* (vs. 13-15).

El creyente desobediente perderá sus premios, aunque *no* perderá su vida eterna pues ésta no es un premio sino que fue dada como la *dádiva* de Dios. Es la esperanza de ser premiado por la fidelidad lo que anima al cristiano a vivir complaciendo al Señor. *"Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo así como él es puro"* (1 Juan 3:3).

7. Un hijo de Dios que persiste en pecar trae sobre sí la disciplina de su Padre. Dios no echa fuera de su familia a sus hijos. La disciplina causa tristeza y también *"da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados"* (Hebreos 12:11). Si alguien dice que es cristiano, pero anda en desobediencia y no sufre ninguna disciplina, podemos dudar de que sea en realidad un hijo de Dios (Hebreos 12:8).

8. Quien se encuentre en un pecado que traiga

descrédito al evangelio y al pueblo de Dios, debe ser puesto en disciplina por la iglesia local. Según la gravedad de su ofensa podría perder privilegios en la asamblea de creyentes o aún ser puesto fuera de la comunión de la iglesia. Hay varias instrucciones dadas a las iglesias para la disciplina en el Nuevo Testamento entre las cuales están 1 Corintios 5:11, 2 Tesalonicenses 3:6-15 y 1 Timoteo 5:20.

9. El cristiano que persista en su desobediencia puede ser “entregado a Satanás para la destrucción de la carne” (1 Corintios 5:5). Es dado a Satanás la libertad de atormentar, no para la destrucción del cuerpo sino para que el cristiano que ande carnalmente se sienta disgustado con su vida pecaminosa.

10. Y por último, el cristiano que rehúsa arrepentirse puede perder su salud y aún su vida física como un castigo. Pablo, escribiendo a los Corintios, dijo: “...*hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros y muchos duermen*” por no examinar sus propias vidas y apartarse de sus pecados. La palabra “**dormir**” es usada en lugar de “**morir**” solamente cuando habla de un cristiano difunto. La muerte de un creyente desobediente es “*para que no seamos condenados con el mundo*” (1 Corintios 11:32). El mundo incrédulo será condenado al lago de fuego pero quien tiene la vida eterna “*no vendrá a condenación*”, según Juan 5:24. Sea cual fuere la condición de uno de sus hijos, Dios nunca devolverá uno de los suyos a la familia de perdición. El ha redimido con la sangre de su Hijo amado a cada miembro de su familia.

Es muy evidente que Dios juzga con amor a cada hijo suyo que anda en desobediencia. También es evidente que ese juicio es muy diferente del juicio que espera el mundo incrédulo. “*Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?*” (1 Pedro 4:17).

El único fundamento

“Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Corintios 3:11).

“Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; Y el que creyere en ella no será avergonzado” (1 Pedro 2:6).

Estos dos versículos definen con claridad que el fundamento para la salvación de nuestras almas ha sido escogido por Dios. Es Cristo y nada más ni nada menos. Nada que nosotros podamos hacer puede hacer más segura nuestra salvación.

Como hemos ya mencionado, la vida de cada cristiano en Cristo es vista como un edificio que él construye sobre la Roca, es decir, Cristo (1 Corintios 3:12-15). Toda persona que descansa en Jesucristo como su Salvador no necesita tratar de hacer más segura su alma. Cristo, la Roca, fielmente lo sostendrá. Todo aquel que esté sobre la Roca debe poner toda atención a la calidad de su vida para ganar la aprobación del Señor en su tribunal y recibir las recompensas.

Aquel que ha confiado en Cristo como la Roca de su salvación debe tener motivos más nobles que portarse bien para mantener su salvación. Impulsado por gratitud y amor, él desea gozar de la íntima comunión con el Hijo y el Padre (Juan 14:21,23). El debe anhelar ser un verdadero discípulo. Como discípulo aprenderá la verdad de andar en el Espíritu y no en la esclavitud de la soberbia, el egoísmo y la avaricia. (Juan 8:31,32). Pero ser un fiel discípulo no es parte de la base para ser salvo sino el resultado de la salvación, y esto es descansar por fe en la única Roca, Jesucristo. El creyente en Jesús que vive solamente para este mundo será salvo, pero será como uno que ha escapado de un incendio, *“salvo por fuego”* sin ninguna cosa de valor para presentar por gratitud a su Señor.

*De la muerte no me asusto, Cristo es ya mi Salvador.
Para él nada yo he hecho, esto, sí, me da dolor.
¿He de ir sin ningún fruto? ¿He de ver a Cristo así?
Con el tiempo mal gastado, ¿He de presentarme allí?*

Mientras que la salvación es una dádiva que nunca podríamos merecer, las coronas son recompensas por nuestras obras de amor y obediencia. El creyente en Cristo está puesto sobre la Roca por pura gracia, sin obras. Acto seguido, el cristiano edifica con sus obras de amor por pura gratitud.

La gloria de Dios

“Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios” (Romanos 4:2).

“...y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia. Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor” (1 Corintios 1:28-31).

La prueba de que una doctrina es verdaderamente bíblica es que, en vez de glorificar al hombre, da toda la gloria a Dios. ¿En cuál de estos dos conceptos, pues, recibe Dios la gloria? ¿Una salvación que depende en parte de nuestra fidelidad o la salvación que es completamente la obra de Dios? Si mi salvación depende de mi perseverancia y fidelidad, yo puedo gloriarme. Si Dios nos pone en el camino de la salvación por su gracia, pero espera que la terminemos por medio de nuestra justicia, podremos entonces aceptar que la entrada al cielo será un premio por nuestra fidelidad y por ende para nuestra gloria.

Ciertamente no habrá cupo en el cielo para alguno que diga: “Cristo me perdonó mis pecados un día, gracias a él, pero yo, por medio de mi fidelidad, me he guardado salvo, gloria a mí.” Pero si decimos, como Pablo: “...no teniendo mi propia justicia... sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Filipenses 3:9), Dios recibirá la gloria. Podemos decir con Pablo: “Lejos esté de mí gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gálatas 6:14). Desde el principio hasta su fin, “la salvación es del Señor” (Jonás 2:9).

Pero, alguien puede preguntar: “¿No tenemos que ocuparnos en el Espíritu para permanecer salvos?”. En Romanos 8:6 leemos *“Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz”*. El apóstol no presenta aquí lo que uno tiene que hacer para ir al infierno o al cielo. Él está describiendo la diferencia entre los que tienen el Espíritu de Cristo por estar en Cristo, y los que no tienen el Espíritu porque no están en Cristo. En Romanos 8:1 el Apóstol dice *“Ninguna condenación hay para los que están en Cristo”*. Él siguió describiendo el carácter de los que están en Cristo. Ellos son *“los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”*. Él dice en el versículo 9: *“Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”*. Para que pueda ocuparse del Espíritu y tener vida y paz, uno tiene que nacer del Espíritu (Juan 3:3,5) por creer en el Señor Jesús (Juan 3:16,18). Así Dios recibe la gloria porque él produce la regeneración (o el nuevo nacimiento) *“no por obras que hubiéramos hecho”* (Tito 3:5) y él nos da la capacidad de andar en el Espíritu.

Si nuestra eterna salvación depende de ceder al control del Espíritu, esto será nuestra gloria, pero si somos salvos porque Jesucristo pagó el precio entero, y nos hace *“aceptados en el Amado”* (Efesios 1:6) y *“hechos la justicia de Dios en él”* (2 Corintios 5:21), entonces Dios recibirá toda la gloria de habernos salvado completamente por gracia (Efesios 2:8,9). Dios recibirá en su santa presencia solamente a aquellos que sean trofeos de su gracia *“a fin de que nadie se jacte en su presencia”* (1 Corintios 1:29). Jesucristo nos da la vida y el Padre nos da su Espíritu para tener vida abundante. Somernos diariamente al control del Espíritu resulta en una vida fructífera y de poder.

La artesanía de Dios

“Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica” (Efesios 2:10, NVI).

La salvación de nuestras almas será vista para siempre

como la gran obra maestra de Dios. Esta nueva y gloriosa creación la realizó su propio Hijo amado, a quien le costó mucho. Este Hijo amado tenía que ir a la tortura del Calvario, cargar con todos nuestros pecados y pasar por la muerte para comprarnos.

Efesios 2:8-10 declara que el creyente en Cristo es creado **“para”** buenas obras, no **“por medio”** de ellas. Si nosotros tuviéramos un dedito en esta obra, sea para salvarnos o para mantenernos salvos, no sería completamente la obra magna de Dios. No le robemos la gloria a Dios pensando que él necesita nuestra ayuda. Es una obra de Dios desde el principio hasta el fin. *“Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”* (Filipenses 1:6).

Habiendo Dios efectuado esta gran obra de salvación, nos da cabida dentro de su plan, dándonos como herencia un terreno donde podemos producir fruto. En Filipenses 2:12 el apóstol exhorta a los cristianos diciendo: *“ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”*. El **“temor y temblor”** no es del infierno sino de Dios. Si le amamos, temeremos desagradarle. La herencia nos es dada gratuitamente por haber nacido en su familia por fe en Cristo. Ocuparnos en esta salvación es tener fruto que nos da gozo y trae gloria al Padre. Aun para cumplir con estas obras es Dios mismo quien *“produce así el querer como el hacer”* en nosotros.

Los filipenses, debían ocuparse en evitar la división que amenazaba a la iglesia, una división que empezaba entre dos hermanas en Cristo y que podía extenderse a los demás cristianos (Filipenses 4:2,3). Para evitar esa división era necesario tener la misma actitud humilde y de servicio que tenía Jesús (Filipenses 2:3-8), Timoteo y Epafrodito (Filipenses 2:19-30) y Pablo mismo (Filipenses 3:7-14). Así, al leer la frase *“ocupaos en vuestra salvación”* juntamente con su contexto, nos muestra a cuál salvación se refirió el apóstol. El hablaba de ser salvo del conflicto y de la división (Filipenses 2: 2,3,14).

Santificación

“Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Corintios 6:11).

“En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:10).

La santificación es el apartar una persona o una cosa para algún propósito. Los que reciben a Cristo como su Salvador son santificados (o separados), primeramente, de la multitud que sigue el camino ancho a la perdición. Los cristianos son *“santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre.”* Por esta razón son llamados *“santificados”* y *“santos”* (1 Corintios 1:2).

Los hijos de Dios nunca pierden esta santificación porque no es en virtud de su comportamiento sino por la muerte de Cristo. Las Escrituras dicen: *“Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta”* (Hebreos 13:12). *“Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”* (Hebreos 10:14).

El creyente no es solamente santificado por la obra de Cristo, sino también por el Espíritu Santo. Pablo, escribiendo a los Corintios les dijo que ellos eran carnales (1 Corintios 3:1-4), pero también les dijo: *“...habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios”* (1 Corintios 6:11).

Después de haber sido apartado de la condenación del mundo por la obra de Cristo, el creyente en Cristo debe andar apartado de la contaminación del mundo. Esta santificación en su práctica diaria es progresiva. Es por medio de andar en el Espíritu (Gálatas 5:16). Es por medio de meditar en la Palabra de Dios (Colosenses 3:16; Salmo 1:1-3). Es por medio de anticipar la venida del Señor (1 Juan 3:2,3). Es por medio de huir de la avaricia y seguir la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia y la mansedumbre (1 Timoteo 6:11). Es por medio de usar toda la armadura de Dios, estar firme y velando en oración (Efesios 6:10-17).

Pero, ¿qué cristiano puede decir que ha llegado a una santificación tan perfecta que no ha tenido ni una acción, palabra o pensamiento desagradable? Juan dice: *“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”* (1 Juan 1:8). Mientras estemos en este mundo y en nuestros cuerpos físicos, no podemos jactarnos de ser perfectos, sin ningún pecado o error. Aunque se debe anhelar la perfección para ser exactamente como Jesús, nuestra santificación práctica es imperfecta. Pero la santificación que tenemos al momento que nos entregamos a Cristo para salvación, nos aparta de la multitud perdida y nos pone en su familia; es una santificación perfecta, gracias a él.

El Señor ilustró la diferencia entre las dos santificaciones en el aposento alto. El dijo: *“El que está lavado no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio”* (Juan 13:10). En aquellos días el lugar para bañarse estaba a cierta distancia de las casas. Los que volvían a la casa después de haberse bañado tenían que lavar sus pies del polvo del camino. Para estar en la familia del Señor hay que ser lavado con la sangre de la redención. Para tener comunión con Cristo, nuestros pies (nuestro andar) tienen que estar limpios.

La resurrección de Cristo

“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 Pedro 1:3).

Un reo fue puesto en libertad cuando su amigo pagó la multa. Cuando su amigo pidió un comprobante del pago, el carcelero, señalando al reo librado le dijo: *“El es su comprobante”*. El pecador que ha aceptado a Jesucristo como aquel que pagó su deuda como su substituto, que pasó por la cruz y hasta el sepulcro en su lugar, puede ver a Cristo resucitado *“al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella”* (Hechos 2:24). No había nada más que pagar y Dios le resucitó como el comprobante de que **todos** los pecados de

cada creyente fueron completamente pagados.

En los tiempos del Nuevo Testamento, la navegación era con la ayuda del viento. A veces el capitán quería entrar a un puerto en una bahía cuando el viento soplaba en dirección contraria. Entonces el ancla se ponía en un esquife y era llevada por un marinero dentro de la bahía. Puesta el ancla allí, la tripulación no tenía que depender del viento, sino que con una soga, dependía del ancla. En Hebreos 6:19,20, Jesús resucitado nos es presentado como el *ancla* de nuestra fe. No tenemos que ver lo que está alrededor de nosotros, ni buscar dignidad, cualidades ni sentimientos dentro de nosotros, sino poner nuestra vista de fe en Jesús, el Hombre del cielo que está allí como nuestro Precursor.

La justicia y la justificación

Una porción que algunos a veces aplican a los creyentes en Cristo es Ezequiel 33:13: *“Cuando yo dijere al justo: De cierto vivirás, y él confiado en su justicia hiciere iniquidad, todas sus justicias no serán recordadas, sino que morirá por su iniquidad que hizo”*. Primero notemos el contexto en que Dios estaba hablando acerca del tiempo de ataques contra Israel por sus enemigos. Estaba hablando de la muerte física, no del infierno. Además el cristiano no es salvo por ser justo, pues *“no hay justo, ni aún uno”* (Romanos 3:10). El creyente tiene *vida eterna* porque es *justificado* por la fe en Cristo Jesús. Jesucristo es su justicia completa.

Para evitar una confusión, debemos distinguir entre las tres clases de justicia.

Primero, podemos ver que la **justicia humana** que cualquier descendiente de Adán tiene, no sería aceptable para entrar en la familia de Dios. Ningún pecado puede entrar en el cielo. El Salmista dice: *“Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”* (Salmos 14:3). Salomón observó: *“Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque”* (Eclesiastés 7:20).

Lo que da la vida eterna y la entrada al cielo es la **justicia imputada**. Esta justicia es la justicia del Señor Jesús (la justicia de Dios mismo) puesta sobre el pecador. Es la única base para ser reconciliado con Dios. Pablo dijo: *“Os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”* (2 Corintios 5:20,21).

La tercer fuente de justicia es la gratitud que produce en nosotros una **justicia práctica**. Debido a que el creyente en Cristo ha sido justificado por Dios y tiene la justicia de Cristo —todo por la gracia de Dios—, debe tener gratitud en su corazón. Esta gratitud le estimula a vivir su vida para agradecer a aquel que lo salvó. Por lo tanto, la vida de justicia y servicio que se manifiesta no es producida por el miedo al infierno sino por un motivo más noble. El creyente sirve a Dios motivado por un corazón agradecido y lleno de amor. El se siente constreñido por las misericordias de Dios a *“presentar su cuerpo en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios en servicio racional”* (Romanos 12:1).

El caso del cobrador de impuestos

El Señor Jesús relató una historia que nos muestra la diferencia entre la justicia humana y la justificación que Dios otorga al pecador. Es la historia de dos hombres que fueron al templo a orar (Lucas 18:9-14). El primero, un fariseo, estaba ocupado con su propia justicia. El cobrador de impuestos fijó su atención en sus propios pecados y en el propiciatorio que cubría el arca donde estaban las tablas de la ley que condenaba sus pecados. Sobre el propiciatorio estaba la sangre de la propiciación o expiación por los pecados de los pecadores. El dijo: *“Dios, sé propicio a mí, pecador”*. El Señor dijo que el cobrador de impuestos *“descendió a su casa justificado”*.

Dios recibe en el cielo sólo a los pecadores que confían únicamente en la sangre del sacrificio que hizo Dios cuando dio a su propio Hijo para morir en nuestro lugar. La humildad del publicano no lo hizo digno del cielo sino que le permitió ver su pecaminosidad y pedir la misericordia que Dios tiene para los indignos.

¿Cómo puede una persona culpable de un crimen ser justificada en la corte de la ley? Un juez que diga que el culpable no es culpable estaría mintiendo. Podría ser visto como misericordioso pero no sería un juez justo. Pero Dios puede ser misericordioso y también ser justo cuando él justifica a los

pecadores, porque él ha puesto nuestros pecados sobre su Hijo quien nos amó y se dio a sí mismo por nosotros.

Así Dios puede *“manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”* (Romanos 3:26). El juicio cayó sobre Jesús satisfaciendo así las demandas de su santidad y la ley. La ley no puede pasar una sentencia sobre alguien que ya ha muerto por sus culpas, y el creyente en Cristo está ya muerto en su sustituto y la ley está ya vindicada. Pablo podía decir *“con Cristo estoy juntamente crucificado”* (Gálatas 2:20a). *“Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos”* (Romanos 5:19). Y con esta justicia, el creyente en Cristo tiene una segura entrada al cielo.

El caso de Cornelio

Algunos pueden ser como Cornelio (Hechos 10) que buscaba la vida eterna y mostró su deseo por medio de oraciones y limosnas. Pero cuando Cornelio oyó a Pedro decir: *“De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre”* (versículo 43), él puso su fe en el sacrificio de Cristo. Así Cornelio logró *“la justicia, es decir, la justicia que es por la fe”* (Romanos 9:30). Nuestra justicia puede mostrar nuestro deseo de recibir la vida eterna, pero no es aceptable para ayudar a Cristo a salvarnos o darnos la entrada al cielo.

Los habitantes de una isla en el Mar Pacífico usan hojas de bananos como dinero. Este dinero no sería aceptable para comprar una propiedad en Londres donde la moneda es libras esterlinas. No importa cuantas buenas obras de justicia uno puede acumular, ninguna de ellas es aceptable para comprar una habitación en el cielo. Solamente es por *“la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él”* (Romanos 3:22).

El caso del joven rico

El joven rico que vino corriendo para ver a Jesús, quería hacer algo para heredar el reino de Dios (Marcos 10:17). El no entendía que *“No hay justo, ni aun uno... a una se hicieron inútiles”* (Romanos 3:10-12). Tampoco entendía que una herencia no es un premio por hacer algo, sino que es algo gratis por haber nacido en la familia del dueño del reino. Si él hubiera venido a Jesús como un pecador, admitiendo que no podía cumplir las demandas de la ley y que se amaba a sí mismo en vez de amar a los pobres, habría recibido la justicia que es por la fe y una entrada en el reino tal como entró el ladrón de la cruz (Lucas 23:39-43).

El caso de Pablo

Pablo, quien era irreprochable según la ley que Dios dio a Israel, consideró que la justicia que él había alcanzado era una pérdida. El explicó: *“... que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado”* (Gálatas 2:16). El declaró lo que prefería, diciendo: *“ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”* (Filipenses 3:8,9). Su salvación no dependía de su propia fidelidad sino de la justicia de Cristo puesta a su cuenta.

Los casos de Abraham y David

En Romanos 4:1-8 Pablo da dos ilustraciones de la justicia imputada, diciendo: *“¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al*

impío, su fe le es contada por justicia". Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: *"Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado"* (Romanos 4:7,8).

El vestido de justicia y salvación

Quien confía completamente en Cristo como el sustituto que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, puede decir: *"En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia"* (Isaías 61:10a).

Dios no quiere que ninguna persona, no importa cuán justa sea, añada su propia justicia a la justicia de Cristo para su salvación. *"Todas nuestras justicias como trapo de inmundicia"* (Isaías 64:6). El Señor Jesús fue a la cruz para llevar nuestros trapos pecaminosos y darnos su justicia perfecta para que podamos entrar en su santo cielo. Entonces, debemos vernos completamente pecaminosos, reconociendo que nuestras justicias son trapos de inmundicia, y abandonarnos a la pura misericordia y gracia del Dios *"que justifica al que es de la fe de Jesús"* (Romanos 3:26).

Pero si alguien dice: *"Podemos ensuciar este manto de justicia después de haberlo recibido"*, podemos asegurarle que la justicia que Cristo nos da no es solamente un manto sino que el Señor mismo es nuestra justicia. El llevó todos nuestros pecados (los pasados, los presentes y los que hicimos después de haberlo recibido, **todos**) a la cruz. El hizo la obra completa. La victoria es de él. La prueba es que Dios lo resucitó indicando que la justicia fue completamente satisfecha. La Biblia dice: *"Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios... porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados"* (Hebreos 10:12-14).

Veamos la siguiente ilustración: Un multimillonario

promete que será responsable por todas las deudas, pasadas y futuras, de un hombre pobre. Así el pobre no sigue siendo pobre sino solvente y potencialmente rico, no en sí mismo sino en su benefactor bondadoso. Podemos llamar a esto “riqueza imputada”. Entonces, por pura gratitud ese hombre pobre se ofrece servir el resto de su vida en la empresa de aquel que le hizo potencialmente rico; no trabaja para ser rico sino porque él ya es rico.

De esta misma manera el indigno pecador es hecho solvente por medio de la justicia de Cristo imputada a su cuenta desde el momento que recibe al Señor como su Redentor, y por lo tanto quiere ocuparse con la justicia práctica como una expresión de gratitud. *“Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuéis enriquecidos”* (2 Corintios 8:9).

El creyente en Cristo, por haber sido justificado por gracia por su fe en la obra de Cristo, no comparecerá delante del Gran Trono Blanco (Apocalipsis 20:11-15) donde los muertos serán juzgados según sus propias obras. Pero el apóstol dice a los que son salvos: *“Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el Tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo* (2 Corintios 5:10). Se menciona este juicio de las obras de los creyentes en 1 Corintios 3:11-15 y Romanos 14:10.

Pablo sabía bien que él no sería eliminado en cuanto a su salvación, pero no quería ser eliminado en la carrera para ganar el premio (1 Corintios 9:24-27). Podemos apenas entrar en el reino por la gracia de Dios, pero sería mejor gozar de una entrada amplia y generosa como un héroe de la fe (2 Pedro 1:8-11). Así Pablo tenía una exhortación para Timoteo y para los ricos que ya tenían vida eterna por fe en Cristo: *“echen mano de la vida eterna”* (1 Timoteo 6:12 y 17,18). Es decir, disfruten al máximo de los beneficios de la vida eterna, que incluye nuestros privilegios y la vida abundante aquí, y los premios que los creyentes en Cristo pueden ganar en la carrera por servirle a él.

Si usted viene como un indigno pecador y se entrega al Señor para que le salve sobre la base de que él murió por los pecadores, él quitará todos los pecados de su vida y a cambio le dará su propia justicia perfecta. El pecador que acude a Jesús puede gozar de estar *“en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención”* (1 Corintios 1:30). *“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”* (Romanos 5:1).

Gracia

“Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra” (Romanos 11:6).

La Iglesia Romana habla de gracia como algo que uno puede ganar por medio de buenas obras y sacramentos. Otros consideran la gracia como un regalo recibido por el arrepentimiento, pero tienen que cuidarse para no perderlo. Pablo nos da una aclaración de lo que significa **Gracia** en Romanos 3:24. El dijo: *“siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”*. Es un favor inmerecido. No viene por medio de nuestros méritos sino por medio de la redención del Señor Jesús. Si pudiera ser en base de nuestros méritos u obras, no sería gracia. La gracia de Dios se extiende solamente a los indignos pecadores, no por algo bueno que hayan hecho antes de recibirla ni por fidelidad que pudieran tener después.

Se dice de alguien que ha profesado ser creyente y ha vuelto a una vida pecaminosa, “que ha caído de la gracia”. Es un mal uso de la expresión. En Gálatas 5:4 Pablo dice *“de la gracia habéis caído”*. El no estaba hablando de alguien que abandona el camino de buenas obras para volver a una vida de pecado. Hablaba de muchos que reforman sus vidas por seguir reglamentos de sana conducta y de religión pero que nunca han disfrutado de la salvación que es de pura gracia. Ellos nunca han recibido la salvación que es por gracia por medio de fe en el Salvador.

También hay muchos que hacen una declaración pública que están aceptando a Jesús como Salvador, pero repiten las palabras como una fórmula para ser aceptados en una iglesia

o para complacer a una tía o novia. Si estas personas vuelven a la vida mundana, se dice que han caído de la gracia. Ellos no han caído de la gracia porque nunca se entregaron a la gracia de Dios.

El apóstol Pablo, escribiendo a los Gálatas, describe cómo cayeron de la gracia los que empezaron por fe entregándose a Jesucristo para salvarles, pero después procuraron mantener su salvación por medio de los reglamentos y obras de la ley. Ellos recibieron el Espíritu Santo cuando depositaron toda su fe en Cristo, no por haber guardado la ley. Después, ellos estaban procurando vivir la vida cristiana en su propia fuerza, en la energía de la carne, guardando reglamentos y leyes en vez de andar en el poder del Espíritu (Gálatas 3:2,3).

En Gálatas 3:24-26 leemos: *“De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo, pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús”*. Cuando uno pone su fe en Cristo para ser salvo, ya no necesita guardar la ley ni ningún reglamento para mantener su salvación. Uno que vuelve al ayo de la ley procurando mantener su salvación por medio de sus obras, en su corazón ha caído de la gracia. El ha nacido en la familia de Dios y Dios no hecha fuera ningún hijo, pero no está andando en el Espíritu, sirviendo al Señor por gratitud y amor.

Los que vuelven a la ley para mantener su salvación por medio de sus obras son como el huérfano que por gracia es adoptado por un rey para ser un hijo y príncipe, pero piensa que por lavar los pisos de las barracas de la guardia, él puede mantener su derecho de ser príncipe. “Caer de la gracia” no es decir caer para estar nuevamente pedido. Uno que cae de la gracia es aquel que no disfruta del poder de la gracia de Dios para vivir la vida cristiana en el poder del Espíritu, sino que depende de leyes de buen comportamiento para mantener su salvación. Disfrutar de la gracia de Dios es vivir controlado por el Espíritu Santo, quien produce la vida de Jesús en nosotros descrita en Gálatas 5:22,23.

La diferencia entre los dos pactos

Hay una gran diferencia entre el pacto de la ley que usó la palabra condicional “si” como base del cumplimiento y el pacto nuevo y eterno en el cual Dios promete sin condiciones. En Exodo 19:5 Dios dijo: *“Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos”*. En el nuevo pacto descrito en Jeremías, Dios promete hacer un pacto nuevo con Israel en el cual no hay un “si” de condiciones. El dice: *“He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá... Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios y ellos me serán por pueblo...”* (Lea toda la porción en Jeremías 31:31-34).

Israel no ha recibido este pacto todavía. Cuando Israel, como una nación, vea a su Mesías volver en gloria, ellos le reconocerán por las marcas de la crucifixión en sus manos que es Jesús a quien ellos crucificaron (Zacarías 12:10; Apocalipsis 1:7). Entonces ellos se arrepentirán y el Señor les dará un corazón nuevo. Israel, como una nación, nacerá de nuevo.

Ahora, este nuevo pacto ha sido extendido a nosotros. Cuando Jesús instituyó la Cena del Señor en el aposento alto, él dijo: *“Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama”* (Lucas 22:20). Los discípulos y nosotros somos redimidos por la sangre del pacto nuevo y gozamos del nuevo nacimiento por recibir a Jesucristo como nuestro Salvador. Es un pacto en el cual no hay la palabra condicional “si” porque él toma toda la responsabilidad de hacernos nuevas criaturas en él mismo. Si ha recibido al Señor como su único Salvador, confíe en el pacto eterno, la promesa del Señor, y regocíjese en saber que él cumplirá con su promesa. Si no tiene esta confianza, abandone todas las esperanzas puestas en sus propios esfuerzos y entréguese a aquél que es competente para salvarle eternamente.

¡Cuán firme cimienta se ha dado a la fe, de Dios en su eterna Palabra de amor! ¡Qué más él pudiera en su libro añadir, Si todo a sus hijos lo ha dicho el Señor?

La vida eterna poseída ya y la promesa fiel

“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36).

“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).

“El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios” (1 Juan 5:12,13).

Hemos oído algunos que al orar dicen: “...y al final de nuestras vidas danos entrada a la vida eterna”. Dios quiere que gocemos de la vida eterna ahora. No tenemos que esperar hasta después de la muerte. Dios nos obsequia la vida eterna para que sea la posesión presente de cada uno que confía en su Hijo como su Salvador. Y es eterna, no hasta la próxima vez que el cristiano peque. Como hemos visto, la vida eterna no es un premio por no pecar, es una dádiva ofrecida al indigno pecador. Y siendo la posesión presente y eterna, es una garantía del cielo. Pues si alguien que ha recibido por la fe en Cristo la vida eterna la perdiere por cualquier razón, Dios sería mentiroso. Dios no puede mentir.

No es lógico argumentar que uno tiene la vida eterna solamente mientras cree y que si deja de creer, pierde la posesión de la vida eterna. El Señor añade la promesa “y no vendrá a condenación”, porque “ha pasado de muerte a vida” en Juan 5:24. El creyente no solamente posee la vida eterna. El está en Cristo, quien es la vida. Y su vida “está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3). Así como cuando uno entra en un avión para un viaje está bajo la responsabilidad del piloto, así

Cristo toma toda la responsabilidad de nuestra llegada, aunque a veces nos falte la fe. El ha prometido: *“Al que a mí viene, no le echo fuera”* (Juan 6:37b). Cuántas veces somos como Tomás a quien Jesús tuvo que decir: *“No seas incrédulo, sino creyente”* (Juan 20:27b).

Aunque flaquee nuestra fe, Cristo es fiel. El no romperá su promesa.

Aunque fálteme la fe, Cristo me tendrá.

Aunque el diablo búsqüeme, Cristo me tendrá.

No cual yo le tengo a él, Cristo me tendrá:

Débil soy y no muy fiel, mas él me tendrá.

El sello del Espíritu Santo

Confiados que la Biblia no tiene porciones que se contradicen las unas con las otras, debemos examinar las Escrituras que algunos usan para enseñar que el cristiano puede perder su salvación. Empezando en el Antiguo Testamento encontramos en 1 Samuel 10:6,10 al rey Saúl sobre el cual vino el Espíritu de Jehová. Después en 1 Samuel 16:14 dice *“El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl y le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová”*. David temía sufrir el mismo juicio. El dijo: *“No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu”* (Salmo 51:11). La venida del Espíritu de Dios sobre ellos no fue igual a lo prometido a los discípulos en Juan 14:17 donde Jesús les prometió que el *“otro Consolador”* iba a estar con ellos para siempre, e iba estar *en* ellos. Dios cumplió con esta promesa en el día de Pentecostés.

Esta experiencia no fue dada a nadie en el Antiguo Testamento. El Espíritu de Dios vino *sobre* personas, aún los enemigos de Dios como Balaam (lea Números 24:2 y 2 Pedro 2:15) para efectuar ciertas acciones. Saúl fue *“mudado en otro hombre”* (1 Samuel 10:6), cuando él profetizó entre los profetas (versículo 11) pero fue un nuevo nacimiento como el de aquel que cree en Jesús como su Salvador, tal como Jesús explicó a Nicodemo en Juan 3.

¡Cuán generoso es Dios! Además de sus promesas fieles, Dios también da a cada uno que está en Cristo una garantía, es decir, el sello del Espíritu como arras de lo que le espera en el cielo. El apóstol Pablo dijo: *“En él también ustedes, cuando oyeron el mensaje de la verdad, el evangelio que les trajo la salvación, y lo creyeron, fueron marcados con el sello que es el Espíritu Santo prometido. Este garantiza nuestra herencia hasta que llegue*

la redención final del pueblo adquirido por Dios, para alabanza de su gloria” (Efesios 1:13,14 ~ NVI). Y en 2 Corintios 1:22 él dice: “El cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones”.

La palabra **arras** es una parte del dinero o propiedad dada a una persona como una seguridad que el resto será entregado posteriormente. Un niño puede ser inscrito como un heredero de una gran fortuna, pero siendo menor de edad, no puede recibir toda la heredad hasta llegar a la edad indicada. El puede recibir mensualmente una porción de la herencia como una prenda o seguridad de lo que recibirá finalmente. Cuando Dios pone su sello en cada cristiano para asegurar su promesa, podemos estar confiados que Dios cumplirá su palabra y estará en el cielo.

Un sello puede indicar varias cosas:

1. El sello de un funcionario del estado indica que una transacción ha sido cumplida y atestiguada por medio de personas de responsabilidad. Un contrato de matrimonio no puede ser negado. Tampoco quebrará Dios su contrato de compromiso. El contrato de parte de Dios que los creyentes en Cristo serán unidos con Cristo en las Bodas del Cordero, es sellado con algo mejor que un anillo de compromiso. Es el sello del Espíritu eterno. Jesucristo no quebrará su compromiso ni divorciará ninguna parte de su Iglesia por la cual él se dio a sí mismo, sino que la guardará y la preparará para *“presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante sino que fuese santa y sin mancha”* (Efesios 5:27). El Espíritu Santo es el sello de la promesa, puesto en cada persona que es parte de la iglesia, la esposa del Cordero. Sería un descrédito para el Espíritu si él abandonara a uno de los que son de Jesús. Mientras esperamos este gran evento, cada creyente debe prepararse para estar bien vestido con acciones justas, porque cada uno que es de Cristo estará allí (Léase Apocalipsis 19:7,8).

2. Las ovejas en los campos abiertos son marcadas, cada una con la marca de su dueño. El Gran Pastor ha sellado cada una de las ovejas que él ha comprado con su sangre con el sello del Espíritu Santo. Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: *“Conoce el Señor a los que son suyos...”* (2 Timoteo 2:19a). Ciertamente nadie, ni aún la misma oveja puede quitarse este sello.

3. El sello del gobierno de Roma fue puesto sobre la tumba del Señor para que nadie se atreviera a entrar y robar su cuerpo. Había un poder mayor que Roma que quebró aquel sello porque Dios es el poder máximo. Este poder mayor en todo el universo ha puesto su sello en cada uno y ¿quién podrá romperlo?

4. Cuando el sello *pagado* ha sido puesto sobre el recibo cuando alguien compra algo en una tienda, él puede dejar lo que compró en la tienda y volver más tarde para llevarlo a casa. Mientras su artículo esté en la tienda con el recibo sellado, nadie puede venderlo a otro cliente. El artículo es la posesión adquirida y sellada hasta que aquel que lo compró vuelve para llevarla. Así el Espíritu Santo *“es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida”*.

La redención ya ha sido pagada y cada cristiano está esperando el día cuando su redención tendrá su propósito o cumplimiento para ser llevado a la casa del redentor. El sello es permanente. El Señor dijo: *“Os daré otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre”* (Juan 14:16), y aún *“estará en vosotros”* (versículo 17). Así el creyente está asegurado hasta que el Redentor nos lleve a su casa en la gloria.

El abogado eficaz

“Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1).

Cada hijo de Dios debe dar gracias al Señor Jesús porque él sigue sirviendo a sus redimidos como su abogado. Satanás,

el acusador de los hermanos, puede presentar cualquier evidencia de nuestra infidelidad, pero “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Romanos 8:34).

Si usted se ha entregado a Cristo para que él sea el Salvador que murió por usted, el que tiene en sus propias manos las marcas de la redención suya, es su abogado defensor que no ha perdido ningún caso. Usted estará tan identificado con él en su muerte que toda acusación que pueda ser levantada contra usted no puede afectarle porque usted está en Cristo, ya muerto, y la sentencia máxima de la muerte no puede tocar a alguien que está ya muerto. Si usted no ha puesto toda su fe en Cristo como su Salvador, no tiene ninguna defensa.

Guardado por su poder

“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero” (1 Pedro 1:3-5).

El día de hoy cuando las herencias disminuyen o desaparecen debido a los gastos de abogados, impuestos y devoluciones, cada cristiano puede apreciar la esperanza de gozar lo que está guardado para él y que él será guardado para la herencia. Primero, porque una herencia no es nuestra por algo que hemos hecho (como pensaba el joven rico de la parábola de Cristo), sino únicamente por haber nacido en la familia de Dios.

Además, el cristiano no puede destruir ni dañar esta herencia porque es incorruptible, incontaminada e inmarcesible. No solamente esto, sino que está reservada en los cielos, no por nosotros sino para nosotros. Y si alguien dijere que la

herencia puede ser guardada para el creyente, pero que el creyente perecerá, también el apóstol Pedro afirma que el creyente mismo es guardado por Dios para recibir la herencia.

Todo es “por el poder de Dios”, no por nuestros esfuerzos. Todo esto es nuestro por haber puesto nuestra fe en la obra perfecta, cumplida por Cristo en el Calvario. Cuando consideramos la maravilla de esta obra de gracia, el creyente bien puede regocijarse diciendo: “¡Gracias a Dios por su don inefable!” (2 Corintios 9:15).

La voluntad del Padre

“Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero” (Juan 6:39).

Es muy evidente que hay una armonía entre las tres Personas de la Trinidad. Como hemos visto, el Espíritu Santo estará con el cristiano para siempre (Juan 14:16). Y el Hijo hizo su petición en la víspera de su crucifixión: “Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre...” (Juan 17:11). Es la voluntad del Padre que ninguno que ha puesto su alma en el cuidado de Jesucristo se pierda. El cristiano debe permanecer en Cristo, es decir, dependiendo en Cristo y su poder para tener fruto espiritual (Juan 15:4). Pero, en cuanto a su salvación, él está guardado en la mano del Hijo y del Padre para que no se pierda (Juan 10:28,29).

Hijos de Dios

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2).

“Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23).

Aquí hay dos versículos que hablan con claridad que los que han nacido en la familia de Dios no perderán esta relación con él. En el primero, Juan dice con toda certidumbre que sabemos que seremos semejantes a Cristo porque le veremos. En el segundo entendemos por qué es segura esta esperanza.

Cada uno que nace en la familia de Adán tiene una naturaleza pecaminosa y no puede hacer obras aceptables a Dios. *“Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”* (Romanos 8:8). *“No hay justo, ni aun uno ... no hay quien haga lo bueno no hay ni siquiera uno”* (Romanos 3:10,12). Por esta razón todo descendiente de Adán tiene que nacer otra vez si quiere entrar en el cielo (Juan 3:3).

En contraste, el que es nacido de nuevo por fe en la Palabra de Dios y por la palabra creadora de Dios que le hace una nueva creación y por la obra del Espíritu, es una nueva creación (2 Corintios 5:17). Juan dice que esta nueva creación *“no puede pecar, porque es nacido de Dios”* (1 Juan 3:9b). ¿Cómo puede la Palabra de Dios, la “simiente incorruptible”, producir lo que es corruptible? El creyente en Cristo, siendo una nueva criatura, vivirá para siempre con Cristo porque, como

dice Pedro, esta simiente permanece para siempre.

Ahora el cristiano encuentra que “el viejo hombre” está todavía en él. Mientras que el creyente espera la venida del Señor o la muerte física, tiene una lucha. El “viejo hombre” o “la carne” está contra el “nuevo hombre” y “el Espíritu”. Estos dos “se oponen entre sí” (Gálatas 5:17). Pablo exhorta: “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre...” (Efesios 4:22). El cristiano puede tener victorias en esta lucha y despojarse de este viejo hombre por medio de la renovación en el espíritu de su mente día en día (Romanos 12:2). Esto es por medio de andar en el Espíritu Santo que producirá su fruto y así la vida y carácter de Cristo en el creyente (Gálatas 5:22,23).

Esta lucha seguirá en el cristiano hasta la muerte de su cuerpo terrenal cuando será librado de la naturaleza adámica. Pero, durante toda esta lucha, el nuevo hombre que es creado por Dios, queda incorruptible (1 Juan 3:9). Este nuevo hombre, nacido por el Espíritu y la Palabra de Dios que es la simiente incorruptible, no puede perecer (1 Pedro 1:23). Es el hombre nuevo, nacido de Dios, que será librado de esta lucha un día, cuando el creyente será presentado sin mancha ni arruga delante de la presencia de nuestro Señor en la gloria (Efesios 5:27).

Mientras espera este día de presentación, como un hijo de Dios, el cristiano recibirá disciplina “*porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?*” (Hebreos 12:8). Si decimos que Dios disciplina a sus hijos por los pecados menores pero los que hacen cosas horribles tendrán que ir al infierno, tendremos que consentir que hay pecados mortales y pecados veniales, como dice la Iglesia de Roma. ¿Quién tomará la responsabilidad de asignar los pecados en cualquiera de las dos categorías?

El hijo de Dios, descansando en la magna obra salvadora de Cristo, no debe considerar un pecado más tolerable que el otro. Para él, todo pecado causó a su amado Pastor ir a una cruz horrible para salvarle por completo y hacer de él un hijo

de Dios, que debe detestar todo pecado. El creyente no teme ser echado fuera de la familia, sino teme entristecer a aquel que le amó tanto, y disfruta de la disciplina de su Padre celestial para ser más como su amado Jesucristo.

El valor de cada hijo de Dios

“Ciertamente es completa vanidad todo hombre que vive”
(Salmo 39:5b).

La Palabra de Dios es clara acerca del valor de cada uno de nosotros, seamos religiosos, morales, famosos, poderosos o ricos. *“Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles”* (Romanos 3:12a). El valor de las sustancias químicas que componen el cuerpo humano es de alrededor de cuatro dólares, pero costaría demasiado clasificarlas y purificarlas. Lejos esté de nosotros la fantasía de que tenemos valor por lo que somos o por lo que podemos hacer. Que se regocije cada cristiano que él tiene un valor incalculable en Cristo. Los que están en Cristo tienen un valor tan grande que Dios no permitirá que ninguno se pierda.

El valor según el precio pagado

“Sabido que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:18,19).

Hay ciertas monedas viejas que no tienen valor en el banco, pero han sido compradas por miles de dólares por coleccionistas. El valor está en proporción al precio pagado. Así, cada creyente debe reconocer que él en sí mismo es inútil, sin valor ninguno, pero debido a que fue comprado con la sangre de valor infinito de Cristo, él es de valor infinito para Dios, quien le guardará eternamente.

El valor por ser amado

"...como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella..." (Efesios 5:25).

Se cuenta la historia de un piloto de avión que, al final de un viaje, pasó por la cabina de pasajeros y vio una muñeca de trapo dejada en un asiento. Él observó que la muñeca tenía señales de haber sido apretada mucho por alguna niña que la amaba. Entonces él puso un anuncio por los altavoces del aeropuerto hasta que su pequeña dueña pudiera reclamarla. Otra muñeca hubiera sido comprada a menos costo, pero no hubiera tenido el mismo valor. Dios puede destruir todo el mundo de pecadores, incluyendo a los cristianos que no son fieles, y empezar de nuevo. Pero, aunque los miembros de la Iglesia de Jesucristo son muy imperfectos. Cristo nos amó a cada uno y se entregó a sí mismo por nosotros. Por eso tenemos un valor infinito. *"Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro"* (Romanos 8:38,39).

El valor de un trofeo de victoria

"Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está lo que posee. Pero cuando viene otro más fuerte que él y le vence, le quita todas sus armas en que confiaba, y reparte el botín" (Lucas 11:21,22).

Una persona que gana en una competencia olímpica guarda con mucho cuidado su premio y lo exhibe, no porque sea lindo ni de metal precioso, sino porque habla de su victoria. Cada cristiano es un trofeo de la victoria de Cristo sobre Satanás y él no permitirá al diablo arrebatárselo de su mano. Podemos cantar a nuestro Salvador: *"Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor"* (1 Crónicas 29:11a).

El valor de un pariente

“Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:11).

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1a).

En cada nación hay personas que reciben honra especial, no por algo que ellos han hecho o por lo que tienen, sino porque son de la familia inmediata del presidente o rey. Hay una vigilancia o guardia especial para los miembros de la familia del primer mandatario. El Rey de reyes, Señor del universo, personalmente y por medio de sus ángeles guardará a cada uno de sus hijos, no por su buen comportamiento sino porque es un hijo suyo, y no permitirá que ninguno se pierda.

El valor de un regalo

“Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son” (Juan 17:9).

Si algún desconocido en la calle nos regala algo, lo guardamos o lo botamos dependiendo de su valor, sea una hoja de propaganda o un reloj. Si fuera un reloj, podemos sospechar que fue robado o comprado con dinero falsificado y habrá problemas con la ley si lo retenemos. No hay nada ni barato ni ilegal en el regalo que el Padre da a su Hijo. Cada hijo de Dios es una dádiva de gran valor de parte del Padre quien es supremamente confiable. El precio pagado no fue mezclado con la moneda inferior de nuestras obras, las cuales no son aceptables delante de las exigencias de la ley santa de Dios. Fue comprado con la sangre preciosa derramada en el Calvario. Y lo más importante, cada creyente le fue dado a su Hijo como la expresión del amor del Padre para ser atesorado y guardado.

El valor de la Palabra de Dios

“Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros” (Hebreos 6:17,18).

El valor de la Palabra de Dios es infinito. David dijo a Dios: *“Has engrandecido tu nombre y tu palabra sobre todas las cosas”* (Salmo 138:2b). La palabra de aquél cuyo nombre es Fiel y Verdadero, no tendría ningún valor si él no cumple con sus promesas. Por lo tanto, aunque los redimidos no tienen ningún valor en sí mismos, Dios guardará con cuidado e incondicionalmente a cada uno de los suyos para que no sea invalidada su palabra y así traer deshonra a su nombre.

Escrituras y argumentos usados contra la seguridad del creyente

Cómo actuó Dios en el Antiguo Testamento

Hay porciones del Antiguo Testamento que se usan para argumentar contra la seguridad del creyente en Cristo, sin embargo es necesario observar la diferencia básica entre los dos Testamentos. Aunque Dios no cambia... es el mismo hoy, ayer y para siempre, él actúa de diferentes maneras. La ley y los profetas pertenecían a su orden hasta Juan el Bautista (Mateo 11:13) que era el tiempo de la ley de Moisés. David dijo: *“No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu”* (Salmo 51:11). Jesucristo, por su magna obra de redención y el Espíritu Santo en su venida en el día de Pentecostés introdujo un nuevo programa de gracia. *“Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”* (Juan 1:17).

Interpretando las parábolas

1. Las lámparas que se apagan

La historia de las diez vírgenes (Mateo 25:1-13) menciona que cinco no fueron recibidas en las bodas. Ellas no tenían fuego en sus lámparas cuando vino el novio. Ellas dijeron *“Nuestras lámparas se apagan”*. No debemos concluir por esto que cuando Cristo venga, unos creyentes habrán perdido la vida eterna. El Señor dijo que las insensatas no habían tomado consigo aceite. Podemos usar esto como una ilustración de muchos que parecen ser cristianos pero que nunca han nacido del Espíritu. En algunas campañas evangelísticas hay quienes levantan la mano y repiten, como una fórmula, las palabras *“Acepto a Jesús como el único Salvador de mi alma”*, pero sin

entendimiento o sólo para complacer a alguien en su familia o para conseguir una esposa cristiana. Es claro que tales personas no han nacido por el Espíritu y no tienen el poder en sí para vivir la vida cristiana. Ellos son como los que no tienen aceite y las mechas secas se queman. En realidad, esta parábola se encuentra en el contexto del discurso de Jesús (Mateo 24 y 25) cuando él describió su venida en gloria al final de la Gran Tribulación venidera.

2. *El siervo inútil echado en las tinieblas de afuera.*

La parábola de los talentos que sigue (Mateo 25:14-30), termina con un siervo negligente que es echado *“en las tinieblas de afuera”*. La parábola trata con siervos, no con hijos. Cristo, como el creador de todo, es el Señor de todo el mundo y digno del servicio de todos. Los incrédulos, tanto como los creyentes, deben servirle, pero el servicio del incrédulo es inaceptable. La fidelidad de servicio de los siervos que creen en el Salvador es recompensada con más privilegio y la incredulidad de los incrédulos produce temor y reciben el juicio. Hay muchos en nuestras iglesias que tienen temor de Dios pero son incrédulos en cuanto a su salvación que es por gracia y que está en Cristo solamente. *“Los cobardes e incrédulos... tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda”* (Apocalipsis 21:8).

3. *Maestros rescatados y cerdos lavados.*

Pedro, en su segunda carta (2 Pedro 2:22), usa el perro que vuelve a su vómito y la puerca a revolcarse en el cieno como una ilustración de los que habían sido comprados pero que niegan al Señor y el precio pagado por él (2 Pedro 2:1). El describe aquí el carácter de los falsos maestros que negaron al Señor que los rescató. El precio de rescate (griego: *“agorazo”*) fue pagado por ellos como por todo el mundo, pero ellos no se habían entregado al Señor para ser sacados de su esclavitud. Véase Gálatas 3:13 donde los cristianos son rescatados (griego: *“exagorazo”*) para ser sacados fuera del mercado de

esclavos. Ellos habían escapado de las contaminaciones del mundo (2 Pedro 2:20), viviendo como si fuesen cristianos, pero no habían nacido del Espíritu (Juan 3:5).

Cristo pagó un precio de rescate por la salvación de todo el mundo. Solamente los que reconocen el precio y le aceptan a él como su Salvador, son contados como sus “redimidos”. (El Señor dio una ilustración de esto por medio de la parábola en Mateo 13:44 contando del hombre que compró un campo para tener el derecho de sacar de él un tesoro escondido). Hay entre los llamados “cristianos” predicadores que introducen encubiertamente enseñanzas destructivas y niegan la deidad de Cristo y su nacimiento sobrenatural, la inspiración de las Escrituras y aún la eficacia y la necesidad de su obra redentora. Cristo murió, pagando el precio del rescate por ellos como por todo el mundo (1 Juan 2:2), pero ellos lo niegan, predicando que el hombre puede salvarse por sus propios méritos.

Pedro sigue describiendo estos maestros falsos en los versículos 21,22: *“Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno”*. El perro y la puerca nunca fueron cambiados en ovejas. “Conocer el camino de justicia” y aprender del “santo mandamiento” debía producir en ellos un reconocimiento de su propia incapacidad para cumplir con la ley y así clamar al Salvador de los pecadores y recibir la salvación por pura gracia, el nuevo nacimiento por el Espíritu Santo y ser hecho una nueva criatura en Cristo.

4. *El demonio que regresa con sus amigos a su casa.*

El caso de Lucas 11:24-26 donde a una persona le sale un espíritu inmundo que vuelve, encontrando *“su casa barrida y adornada”*, no puede representar una persona que por fe en Cristo había sido “lavada” con su sangre. Es más bien una advertencia contra una reforma religiosa que puede aparecer

como una regeneración pero no es nada más que una limpieza superficial hecha con una escoba y algunos adornos de vocabulario y actividades piadosas.

Muchos hoy día dicen con sus bocas que son “salvos” y por un tiempo mejoran su comportamiento y aprenden el lenguaje cristiano, y después vuelven a una vida más degenerada que antes. Así muchos hacen profesiones huecas, sin entendimiento, sin entregarse por completo a Jesús para ser salvos, y procuran vivir la vida cristiana en su propio poder. En un momento de emoción religiosa, prometen seguir a Cristo y servirle pensando que esto es lo que les dará la vida eterna. Después, cuando vienen las tentaciones para pecar, siendo vencidos, vuelven a una vida aún más depravada y renuncian a la vida religiosa. Generalmente tales personas nunca se arrepienten de sus faltas.

Que el lector de estas líneas revise su corazón para estar seguro que ha venido al Salvador como un pecador, incapacitado de limpiarse a sí mismo, de modo que el Espíritu Santo pueda entrar en su corazón para hacer de él una nueva criatura. Como en esta historia, usted siempre pertenece al dueño viejo, si no ha recibido al Señor como aquel que le compró con su sangre, usted siempre es una casa del *“espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia”* (Efesios 2:2).

5. *¿Pámpanos o parásitos?*

En Juan 15 Jesús relató la parábola de la vid y los pámpanos, donde encontramos una descripción de tres clases de personas. Los primeros dos se encuentran en el versículo 2. Primero, hay cristianos que no tienen fruto espiritual en sus vidas. Ellos son como pámpanos (o ramas) que descansan en la tierra. Tienen que ser levantados de la tierra y puestos en la enramada para que puedan tener fruto (Véase nota al pie de la página 55). También tenemos en el versículo 2 a los creyentes que tienen fruto espiritual. Ellos necesitan la atención del Padre, el labrador, para tener más fruto.

En contraste con los pámpanos del versículo 2, encon-

tramos en el versículo 6 la tercera clase de personas: los que hacen una profesión de ser creyentes y parecen ser parte de la vid pero no son reales. Podemos notar cinco diferencias entre la persona en el versículo 6 y los pámpanos en el versículo 2. (1) El Señor no dice que la persona en el versículo 6 es un pámpano, sino dice que será echado fuera como pámpano. Parece un pámpano pero en realidad tiene el carácter de un parásito. (2) El hombre en el versículo 6 no habita en Cristo y fuera de él no hay vida. Los dos pámpanos en el versículo 2 están en Cristo aunque uno no lleva fruto. La persona del versículo 6 no es rechazada por falta de fruto sino por no estar permaneciendo en la vid, lo que es imposible si no está en Cristo. Los pámpanos en el versículo 2 son atendidos para la producción de fruto. Aquel que no está en Cristo no puede agradar a Dios (Romanos 8:8). (3) En el versículo 2, el Padre, el labrador, trabaja personalmente con los pámpanos. En el versículo 6, no se menciona el Padre sino a otros que “los recogen” (Compare Mateo 13:40,41). (4) Podemos ver la diferencia entre como Dios trata con los suyos y con los que no son suyos. Los que son de Cristo no serán echados fuera (Juan 6:37). (5) No hay mención de fuego en el versículo 2 pero el parásito del versículo 6 será echado en el fuego y arderá. Judas, como veremos más adelante, era como un parásito entre los discípulos con toda apariencia de ser un discípulo real, pero siempre era el hijo de perdición. Que todo esto sea una advertencia para los que son miembros de cualquiera iglesia sin estar en Cristo.

Nota: La palabra griega traducida aquí como “quitará” es traducida “levantó” (Apocalipsis 10:5), “levantado” (Hechos 20:9) y “tomaron” (Marcos 6:29). El Padre no corta al pámpano de la vid sino levanta el pámpano que ha caído en tierra donde no puede producir fruto y lo pone sobre el enrejado. El cristiano que está haciendo sus propias raíces en este mundo no puede llevar el fruto de Cristo y el Padre quiere levantarlo, separándole del mundo para no solamente estar en Cristo sino que dependa de Cristo y lleve su fruto.

La epístola a los Hebreos: seguridad y advertencias

Hay porciones en la epístola a los Hebreos que han sido usadas para enseñar que el creyente en Cristo puede perder su salvación. Antes de verlas, debemos considerar el propósito del libro. La carta fue dirigida al pueblo hebreo, tal como lo indica su nombre. El Espíritu de Dios se dirigió a este pueblo que conocía bien el Antiguo Testamento con su historia y ceremonias. Esta epístola revelaba a los hebreos que los grandes personajes, los acontecimientos históricos y sus prácticas religiosas eran todas con un propósito: presentar la superioridad de Cristo (el Mesías de ellos) y la perfección de su obra redentora. Los hebreos necesitaban ver que, con la venida de Cristo, el sacerdocio del Antiguo Testamento había sido reemplazado por el Gran Sumo Sacerdote. La sangre de animales no era aceptable a Dios porque Cristo había ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio que hace perfectos para siempre a los santificados. Por lo tanto Jesús es el me-diador de un pacto mejor que el pacto hecho en el Monte Sinaí.

El templo estaba todavía en pie cuando el escritor estaba redactando esta epístola. El habló del templo como un “tabernáculo” que iba a ser deshecho (Hebreos 13:10). Los sacerdotes continuaban con los sacrificios de animales, sacrificios que no tenían valor para Dios (13:11). Para los que creían en Jesús como su Mesías y Salvador, Jerusalén no tenía más valor (13:12-14). Los hebreos (o judíos) que habían sido informados de la obra de Cristo, son advertidos a no volver a éstos sacrificios inútiles del templo porque así ellos estarían rechazando a Jesús de nuevo.

“...Si descuidamos una salvación tan grande...”

El escritor a los Hebreos estaba exhortando a sus “hermanos” israelitas (hermanos por nacionalidad) a dejar el gran pecado de incredulidad. Fue por este pecado de incredulidad que sus líderes crucificaron a su Mesías, Jesús. En Hebreos 2:1-4 él pregunta: “¿Cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?”. Descuidar esta oportunidad de ser salvo por fe en Jesús traería juicio contra su incredulidad. Cada judío tenía la oportunidad de recibir la salvación que fue primeramente una provisión de parte de Dios para Israel (Romanos 1:16; Hechos 1:8; 13:26). Que Jesús era el Mesías prometido fue confirmado por medio de los milagros hechos entre ellos por los apóstoles aun en Jerusalén.

“...de su casa somos si retenemos hasta el fin la confianza”.

En Hebreos 3 el escritor apela a los seguidores de Moisés a que reconozcan a Cristo como el Hijo sobre la casa en la cual Moisés fue un fiel siervo (versículo 6). Siendo él mismo un judío, podía hablar como un hermano de ellos diciendo: “de su casa somos si retenemos firmes hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza”. La confianza y la gloria de Israel era su Mesías que esperaban. No reconocer a Jesús como el Cristo (o Mesías) y como el fin (es decir el objetivo) de su esperanza, sería un “corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo” (versículos 12 y 14).

Procurando entrar en el descanso

En Hebreos 4 encontramos que ni Moisés ni Josué pudieron traer a Israel al verdadero descanso. Al entrar en Canaán, Israel no podía descansar porque tenía que pelear. Entonces David habló del otro descanso para el pueblo de Dios (versículos 8,9). Este descanso está en Jesús quien invitó a todos venir a él ofreciéndoles descanso para el alma (Mateo 11:28). En la misma manera como una generación de israelitas no pudo entrar en la tierra prometida por su incredulidad, muchos, judíos y gentiles, no entran en el descanso del alma que es por confiar completamente en Jesucristo. Por lo tanto la exhortación en Hebreos 4:11 es procurar entrar en este des-

canso por fe sencilla y total en Cristo. El pecado que lleva al pecador a la perdición es la incredulidad. *“El que es incrédulo al Hijo ya ha sido condenado porque no ha creído en el unigénito Hijo de Dios”* (Juan 3:18). Que nuestro lector ponga diligencia en depositar toda su fe en Jesucristo.

Dos clases de tierra

En Hebreos 6:4-8 encontramos a los judíos que llegaron a la puerta de la salvación y vieron grandes cosas y recibieron muchos privilegios; y después, rechazando a Jesús, volvieron atrás al judaísmo y la apostasía. Ellos fueron iluminados para entender, pero no aprovecharon la iluminación. Fueron participantes con otros en oír la voz del Espíritu pero no obedecieron esta voz. Gustaron pero no recibieron la palabra de Dios. Sólo miraron los milagros que estaban introduciendo el nuevo siglo de gracia que estaba por delante. Para los tales que fueron tan privilegiados pero volvieron atrás, recayendo en el rechazo de su Mesías, sería imposible renovarlos al arrepentimiento. No dice “renovarlos a la salvación”, porque nunca fueron salvos. Si esta porción fuera aplicable a los creyentes que pecan, nadie debe malgastar el tiempo exhortando a un cristiano que peca a arrepentirse, ya que esto sería imposible.

En contraste, encontramos en Hebreos 6 a los judíos que sufrieron persecuciones (versículos 9,10) porque ellos habían puesto su fe en el Dios que es fiel a su promesa (versículos 13-20). Estas dos clases de personas son ilustradas por dos clases de tierra sobre la cual cae la lluvia. La misma lluvia del evangelio vino a los que creyeron (versículo 7), y sobre los que, después de haber oído, lo despreciaron con incredulidad (versículo 8). Ellos recibieron la lluvia del evangelio, pero siendo su corazón como espinos (nunca fueron trigo), iban a recibir la maldición y ser quemados juntamente con Jerusalén.

“Si pecamos voluntariamente después... ya no queda más sacrificio por los pecados...”

Una porción que, por ser mal entendida, puede causar

que un cristiano piense que ha perdido su salvación y que no habrá ninguna esperanza de perdón es Hebreos 10:26-31:

“Porque si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado e hiziere afrenta al Espíritu de gracia? Porque conocemos al que dijo: Mía es la venganza; yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo!”.

Es obvio que esta advertencia está dirigida a un pueblo que Dios había santificado por medio de la sangre de un pacto. No está hablando de aquellos que se entregaron a Cristo para que él sea su único y suficiente Salvador. Si esta porción hablase de aquellos que han sido santificados por haber recibido a Cristo como su Salvador, estaríamos confrontando con una contradicción, de acuerdo a la promesa de Dios en el versículo 14 del mismo capítulo donde dice: *“Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”*, además de las muchas porciones que hemos ya visto. Pero se soluciona el problema cuando reconocemos que el escritor de la epístola a los Hebreos está dirigiendo esta carta al pueblo hebreo, que fue una nación santificada de entre las demás naciones, para ser un pueblo de Dios.

El pueblo hebreo fue santificado por medio de la sangre de un pacto hecho en el Monte Sinaí (Éxodo 24:6-8). Esta sangre fue rociada sobre el pueblo cuando ellos prometieron obedecer todas las cosas escritas en el libro del pacto condicional de la ley. Ahora Jesús, quien es el Mesías del pueblo hebreo, había venido y ya había derramado su sangre para hacer un pacto eterno. Esta sangre fue derramada y el pacto fue hecho primeramente para *“la casa de Israel y con la casa de Judá”* (Jeremías 31:31-34). Aún después de la crucifixión, la resurrección y la ascensión de Cristo, Dios extendió tiempo para

permitir el arrepentimiento de su pueblo hebreo. Aun en el mismo tiempo que esta epístola estaba siendo redactada, Dios estaba esperando el arrepentimiento de Israel. Pero ellos siguieron con su rechazamiento. Así ellos estaban pisoteando la sangre de Cristo, que fue tipificada por la sangre rociada sobre ellos en Sináí. Ellos vieron los muchos milagros hechos por los apóstoles, pero obstinadamente siguieron con el gran pecado de incredulidad. Así ellos rechazaron el pacto nuevo en Cristo prefiriendo quedarse bajo el primer pacto y la ley de Moisés.

Como ya mencionamos, el templo todavía estaba en pie cuando el escritor estaba escribiendo esta epístola. Muchos que estaban vacilando entre el judaísmo y la fe en Jesús volvieron al templo con sus sacrificios inútiles y ceremonias huecas. El escritor dice: *“Ya no queda más sacrificio por los pecados”*, es decir, en el templo de Jerusalén. Afrentando al Espíritu de gracia, ellos cometieron el pecado imperdonable (Marcos 3:29). Por su pecado de incredulidad ellos estaban pisoteando al Hijo de Dios. Para volver al judaísmo ellos tenían que declarar que la sangre de Cristo era inmunda. Ellos, juntamente con la ciudad iban a ser destruidos y el templo quemado. Dios iba a tomar venganza contra ellos como contra sus adversarios. En el año 70 el Señor juzgó a su pueblo Israel tal como Jesús profetizó (Lucas 19:41-44; 21:5,6) y como Hebreos 10:27 lo describe. Es muy posible que *“aquel día”* que el escritor menciona en el versículo 25 se refiere al día de hervor de fuego que iba a devorar a Jerusalén con los adversarios (versículo 27).

En contraste con los judíos apóstatas descritos en Hebreos 10:26-31, estaban los judíos creyentes que habían sufrido por su fe (versículos 32-38). Ellos necesitaban ser animados en su esperanza de su herencia perdurable en los cielos. Ellos no eran como los judíos que habían llegado a la puerta de la salvación en Cristo pero en vez de entrar, retrocedieron al judaísmo. Los judíos creyentes pusieron su fe en Jesús como el Mesías y Salvador para la preservación de sus almas (versículo 39).

Un plato de guisado

El escritor de la epístola a los Hebreos, en el capítulo 12:15-17, no estaba dirigiendo sus advertencias a los gentiles, ni a los que ya habían alcanzado la gracia por haber puesto su fe en Jesús como el Mesías Salvador. El estaba percibiendo que entre los hebreos (a quienes estaba escribiendo esta epístola) había algunos que, en su incredulidad, estaban jugando el papel de Esaú. Ellos, como descendientes de Abraham, podían reclamar su primogenitura en Cristo. Como ya hemos mencionado, la bendición del evangelio fue destinada para los judíos primero (Romanos 1:16; Hechos 1:8; 13:26). Como Esaú despreció su primogenitura y perdió la primera bendición, estos hebreos que en su incredulidad estaban vacilando, iban a perder su oportunidad de alcanzar la salvación por gracia, volviendo a la vana religión del templo, y no aceptando a Jesucristo, ellos serían rechazados. Dios iba a destruir el templo y a Jerusalén. Ellos, entonces, no podrían hallar “oportunidad para el arrepentimiento” sea de parte de ellos (como es mencionado en Hebreos 6:4-6) ni de parte de Dios. Los que por fe en Jesucristo ya han alcanzado la gracia de Dios están ya aceptados en el Amado.

Dos “discípulos” que no eran salvos

Judas es un ejemplo de muchos que han sido contados como “salvos”, que hasta han recibido responsabilidades en la iglesia, pero lamentablemente, nunca han sido espiritualmente convertidos. No hay nada en la Biblia que indique que Judas era genuino, aunque él fue contado como uno de los doce y predicó el mensaje del reino con ellos. El apóstol Juan dijo que desde el principio Jesús sabía que él no era real (Juan 6:64).

Ninguno de los discípulos dudaba de Judas. El parecía como un tesorero honesto que amaba a los pobres. Pero el Señor sabía que él iba ser usado por Satanás y lo escogió para que se cumpliera la profecía (Salmo 41:9).

También, como el tesorero oficial del grupo, él podía vender a Jesús a los sacerdotes como el Cordero de la pascua, comprado con el dinero sagrado del templo. Jesús podía decir al Padre: *“A los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió...”*, y siguió haciendo referencia a Judas como el perdido que él siempre fue, *“hijo de perdición”* desde el principio (Juan 17:12).

Algunos dicen que Simón, el mago de Samaria, es un ejemplo de cómo uno puede ser salvo y después perder la salvación. Lucas nos cuenta en Hechos 8:13 que *“También creyó Simón mismo, y habiéndose bautizado, estaba siempre con Felipe...”* Simón creyó que el mensaje de Felipe era genuino, pero una creencia intelectual no era suficiente para darle un nuevo corazón. Pedro le dijo que su corazón no era recto delante de Dios y que él y su dinero perecerían. Creer que Cristo es el camino a Dios no siempre es una declaración acompañada con una entrega de fe a Cristo para ser salvo.

No es un completo conocimiento del plan de salvación lo que salvará al pecador, sino la entrega de su vida al Salvador. El saber mucho acerca de la medicina no cura al enfermo. Es por someterse bajo la mano del cirujano entendido y que puede curarle. Uno puede incluso decir: “Creo que Jesús murió por mí”, y no ser salvo. Es como estar a bordo de una nave que está naufragando y mirando al bote salvavidas decir: “este bote ha sido provisto para mí”, pero al no entrar en el bote, se pierde. La creencia que salva no es sólo creer que Jesús murió por los pecadores, sino es entregarse a él, abandonándose al Salvador para ser salvo. Que nuestro lector reflexione sobre la pregunta: ¿He solamente creído acerca del evangelio o he depositado toda mi esperanza en Cristo para ser salvo?

Fe sin obras y fe con obras

En Santiago 2:18-26 leemos de la fe práctica que causa a un creyente actuar diferente de los demás. La declaración *“la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma”*, no implica que el cristiano necesita buenas obras además de fe en Jesucristo para ser salvo. Cuando Santiago dice que Abraham fue justificado por las obras, él no está contradiciendo lo que dice Pablo en Romanos 4:1-8 que Abraham y David fueron justificados por fe sin obras. La fe que justifica al impío delante de Dios es únicamente la fe en Jesucristo como su único Salvador y nada más. Dios mira esta fe en el corazón de cada creyente. *“El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”* (1 Samuel 16:7). La fe descrita por Santiago es la fe que justifica al creyente delante de otros.

Santiago pregunta: *“¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?”*. Abraham había sido contado como justo, en el capítulo 15 de Génesis, muchos años antes de su presentación de Isaac (en el capítulo 22). Pero Dios, habiendo visto la fe en el corazón de Abraham, quería demostrar su fe a todos los que no pueden ver el corazón de él. La obra de presentar a Isaac como un sacrificio era una obra que atestigua y justifica la fe

de Abraham para el beneficio de todo el mundo. Así, un creyente hoy es justificado por fe en Jesucristo como su Salvador, sin presentar a Dios obras meritorias. Pero él puede decir a otro hombre: *“Yo te mostraré mi fe por mis obras”* (versículo 18b).

Es interesante notar también que Santiago no está hablando de buenas obras, sino de la fe que hace cosas fuera de lo usual. El presentó dos ejemplos de obras producidas por la fe. No eran obras buenas, pero eran obras distintivas. Abraham iba a matar a su hijo, quemándolo como un sacrificio a Dios (versículo 21), como los paganos que ofrecían sus niños a Baal. Esto que hubiera sido un crimen si Dios no lo había mandado. Pero él estaba confiado de que Dios podía resucitarle para cumplir en Isaac sus promesas.

También, Rahab (versículo 25) dijo una gran mentira al decir que los espías habían salido de la ciudad (Josué 2:3-7). Dios que no puede mentir, no justifica o santifica ninguna mentira como “buena”. Es que ella actuó diferente a los habitantes de Jericó porque tenía su fe en el Dios de Israel. Santiago presenta el amor en los versículos 15,16, no como una obra de fe, sino para una comparación. Como el amor impulsa a cualquier persona a dar al necesitado, en la misma manera la fe motiva al cristiano a acciones fuera de lo usual. La fe que justifica al creyente en la vista de sus vecinos es la fe que le hace diferente de los demás.

Los vecinos pueden decir: *“De veras, Fulano es salvo porque sus obras son diferentes”*. Pero el creyente en Cristo es justificado delante de Dios por pura gracia, no dependiendo de las buenas obras. Dios quiere que nuestros lectores abandonen toda esperanza en sus obras para su salvación y miren solamente a Jesús, el único y suficiente Salvador. El les salvará y, en seguida, *“Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”* como evidencia (Filipenses 2:13).

Nuestras experiencias o la Palabra de Dios

Unos de los argumentos más comunes hoy es la observación de los que dicen que son cristianos pero no viven como tales. “Mire a Fulano. El fue salvo años atrás y sirvió en la iglesia como un anciano; pero mírelo como vive ahora”. Hay miles de personas que en la emoción de una campaña evangélica pasan adelante para orar y con los abrazos de la congregación se sienten salvos. Algunos han hecho promesas a Dios de seguir en pos de Jesús; otros pidieron a Dios que les ayude a servirle y obedecer sus mandamientos y otros confían en el bautismo para la remisión de sus pecados. Muy pocos llegan como pecadores para recibir la pura misericordia de Dios y una salvación por gracia sin obras.

Es necesario recibir a Jesús por medio de la fe, ya que nadie está capacitado para obedecer los mandamientos y ser salvo; solamente somos salvos si confiamos en la obra de Cristo realizada en la cruz. Levantar la mano en una campaña, llorar, o inscribirse en una lista de membresía y aún tener una vida piadosa de buenas obras, no es garantía de que uno es salvo. Generalmente “por su fruto es conocido” el carácter de la persona (Lucas 6:44; 1 Juan 2:3-6), pero necesitaríamos tener acceso al libro del Cordero (lo cual es imposible para nosotros) para ver si tal persona está inscrita allí. Podemos sospechar que él nunca fue salvo (1 Juan 2:19).

“Pero yo, por mi propia experiencia puedo decir —afirma alguien—, que fui salvo una vez y después perdí mi salvación”. ¿Podemos decir que nuestra propia experiencia es más válida que la Palabra de Dios? Dios dice: *“Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos”* (Isaías 55:8,9).

Normalmente usted acepta que un médico haga un diagnóstico de su condición física. Entonces, ¿por qué no le permite a Dios darle el diagnóstico de su condición espiritual? Usted dice que pensaba que era salvo, pero ¿dice Dios en su

Palabra que usted es salvo? Si no confía en la clara Palabra de Dios, donde las páginas de la Biblia dicen que usted tiene vida eterna, entonces usted está confiando en su propia opinión.

Es posible que usted nunca ha nacido de nuevo, y no ha sido hecho una nueva creación en Cristo. Si no está seguro de su relación con Dios, no pierda más tiempo y hable con él ahora, confesando su inseguridad, y su incapacidad de salvarse a sí mismo. Reconozca que Jesús, el Justo, murió por usted. *“Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios...”* (1 Pedro 3:18). *“Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero...”* (1 Pedro 2:24). Confíe en su promesa: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que **todo** aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Juan 3:16). Así usted tendrá la seguridad de la salvación. Después mírele a él para que produzca por medio de su Espíritu la vida abundante, la vida de Cristo en usted. Así usted tendrá el gozo de la salvación eterna.

en estos días

